

Tercer domingo del Tiempo Ordinario A2023

El Evangelio de este domingo comienza con una declaración que dice: “Él (Jesús) se retiró a Galilea. Dejó el pueblo de Nazaret, se fue a vivir a Cafarnaúm, junto al lago, en territorio de Zabulón y Neftalí...”

Sabemos por la Biblia que fue en Galilea que Jesús comenzó su ministerio público. La pregunta que podemos hacernos es esta: ¿Por qué allí? ¿Por qué no empezar el ministerio en Jerusalén o Nazaret o Jordán o Belén? Aquí está el punto de las lecturas de hoy.

De hecho, en la época de Jesús, Galilea era una región de encrucijada cultural que tenía influencia griega y romana. La gente que vivía allí había aceptado en gran medida la cultura romana helenizada y la forma griega de vivir y de creer. En su mayoría fueron considerados como "gentiles".

Los judíos vivían en gran medida separados de los helenistas y los consideraban extraños y personas corruptas que eran paganas. Era escandaloso que un judío estuviera allí. La descripción que tenemos en el libro de Isaías es sobre ellos: “país humillado de Zabulón y de Neftalí” ...”pueblo caminando en tinieblas y vivían en tierra de sombras”.

¿Por qué Jesús comenzó su ministerio público allí? Para llevarlos a la luz del Reino de los cielos, para conducirlos a Dios, para ayudarlos a abrazar la salvación. Jesús, un judío ortodoxo, optó por vivir allí para cumplir la profecía de Isaías: “El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que vivían en tierra de sombras, una luz resplandeció”.

Jesús es la luz que el Padre ha enviado para iluminarnos para que no vivamos en las tinieblas de la muerte y la perdición. Jesús es quien nos lleva a Dios donde somos salvados. Esta es la misión por la que Jesús predicó y por la que dio su vida. Esta misión es la misma hoy como lo fue en el pasado.

Es para esta misión que Jesús llamó a sus primeros discípulos. Quería que vivieran en comunión con él, compartiendo su vida y su ministerio. La llamada al discipulado nos pertenece a cada uno de nosotros porque la misión nos ha sido transmitida para que también nosotros participemos de lo iniciado desde el principio de la Iglesia por Jesús y los primeros discípulos.

La vocación al discipulado tiene una dimensión individual así como una dimensión comunitaria. Somos llamados como individuo, pero también como comunidad de creyentes. Ambas dimensiones están unidas; si los separamos, es sólo por necesidad de explicación. Sería un error, cuando ocurre un problema en una Parroquia, pensar que es solo un problema del sacerdote y no le suyo.

Los llamados son gente ordinaria, pero están llamados a hacer cosas extraordinarias, es decir, a convertirse en compañeros de Jesús y, como Jesús, a llevar a los demás la salvación de Dios. Para tener éxito en esta misión, se necesita un cambio o una transformación de vida. Si no se produce el cambio, es difícil ser un buen discípulo de Jesús.

Por eso el Evangelio insiste en la necesidad del cambio al decir que los que Jesús llamó eran pescadores, pero Él quería que se convirtieran en pescadores de

hombres. En otras palabras, los llamados tienen que ser los primeros en cambiar antes de invitar a otras personas a cambiar y abrazar a Dios.

El cambio es constitutivo de la vida cristiana y está en el corazón de lo que significa ser cristiano. El Evangelio lo llama “arrepentimiento” y la Iglesia “conversión”. Sin un deseo permanente de cambiar y reformar nuestra vida para ajustarla a los valores del Reino de Dios, es muy difícil ser un buen cristiano y discípulo de Jesús. La apertura del ministerio público de Jesús contiene una invitación al cambio: “Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de los cielos”, es decir, reformen su vida; transfórmense para que puedan acoger el Reino de Dios en su vida.

¿Por qué Jesús llamó a los discípulos? La razón por la que lo hizo fue que se convirtieron en sus asociados y ayudantes en la misión de salvación. Este objetivo no ha cambiado desde el comienzo de la Iglesia primitiva hasta nuestros días. El Evangelio lo expresa de una manera muy simple, a saber, ser la luz para la gente que vive en las tinieblas y curar toda enfermedad y dolencia entre la gente. Tal vez, podemos estar tentados a decir que no tenemos el carisma de curación para curar la enfermedad, pero nunca debemos olvidar que la esencia y el poder de lo que Jesús quiso, está en nosotros.

Como discípulos de Jesús, estamos llamados a hacer una diferencia en la vida de nuestros semejantes para que aquellos que están luchando con problemas puedan encontrar consuelo gracia a nosotros, aquellos que están en sufrimiento puedan encontrar alivio gracia a nosotros, aquellos que están de luto puedan encontrar palabras de consuelo de nosotros, aquellos que están desanimados de la vida pueden encontrar palabras de esperanza en nosotros, aquellos que viven en aislamiento pueden encontrar consuelo en nosotros. Esta tarea es tan urgente como nuestra vocación al discipulado.

Los que Jesús llamó como discípulos no eran personas extraordinarias o héroes. Eran simples pescadores que no tenían nada en particular para llamar la atención. Eran como tú y yo. Jesús no los llamó porque fueran especiales o por la calidad de su vida, sino por lo que se convertirían bajo su guía. Eran personas comunes, pero llamadas a hacer cosas extraordinarias.

Eso aclara nuestra propia vocación al discipulado. Jesús nos llama, no porque seamos extraordinarios, sino porque quiere que trabajemos para él y con él a pesar de nuestras limitaciones. Por lo tanto, no debemos tener miedo de nuestra insuficiencia o limitaciones. Tenemos que confiar en él que es capaz de trabajar con nosotros por el bien de su pueblo y de su Iglesia. Lo que necesitamos es dejarnos transformar por aquel que es capaz de hacer más de lo que podemos imaginar o esperar. ¡Que sea bendito por los siglos de los siglos! ¡Que él bendiga a cada uno de ustedes según sus necesidades!

Isaías 8: 23-9: 3; 1 Corintos 1: 10-13, 17; Matthew 4: 12-23



Fecha de la Homilía: el 22 de Enero, 2023
© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230122homilia.pdf